

## **LAS TUNAS: ¿MAL ACUERDO Y PEOR SOLUCION?**

*Elvira Cuadra Lira*

Por tercer año consecutivo un grupo nutrido de campesinos con hambre se atrevió a salir de sus comunidades en la profundidad de la montaña para marchar hacia Managua y demandar al gobierno soluciones y remedios a su situación. Igual que el año pasado los protagonistas llegaron a un acuerdo aparentemente favorable a los protestantes en sus aspectos más generales a través de un proceso de renegociación ensombrecido por las acusaciones mutuas.

El gobierno afirma que los manifestantes han recibido los beneficios prometidos en el acuerdo de Las Tunas, firmado en el año 2002, y que son objeto de manipulación política.

Los manifestantes, por su parte, argumentan que el gobierno no ha cumplido los acuerdos suscritos y que su situación de pobreza, desempleo y enfermedades se ha agudizado durante los últimos meses.

Lo cierto es que, por la forma en que se ha desarrollado esta negociación y el acuerdo parecen no escapar de la dinámica instalada para el tratamiento de los conflictos desde inicios de los 90, con las negociaciones para la desmovilización y reinserción de excombatientes. Una revisión de los casos indica que la mayoría de ellos han seguido la misma lógica.

Y en esa lógica, el comportamiento del gobierno y todas las autoridades estatales ha sido la de desactivar, en vez de resolver, las manifestaciones del conflicto. Para ello se han utilizado desde la intimidación, coerción y amenaza, hasta la negociación que busca ganar tiempo y desmovilizar a los protestantes, pasando por la descalificación y el no reconocimiento del conflicto y sus actores.

En el fondo, esta estrategia y sus acciones son paliativos coyunturales y no tienen como propósito resolver las verdaderas causas de los conflictos con acciones sostenidas por mucho que se firmen acuerdos.

### **La lógica de la transgresión**

En el transfondo de la actuación gubernamental, los manifestantes o demandantes son individuos que amenazan el orden establecido; es decir, “transgresores” que deben ser “neutralizados”. El gobierno del presidente Bolaños no se ha escapado a esta visión tradicional del manejo de los conflictos. Y esta posición ha sido reforzada casi siempre con los discursos y acciones de otras autoridades estatales.

Del lado de los demandantes, generalmente lo que ha ocurrido es que, azuzados por la gravedad de su situación, aceptan sin cuestionar dudosos liderazgos que los conducen por la protesta sin hacer un análisis de la situación y sin definir estrategias claras y transparentes para la acción.

### **Victorias pírricas**

Las consecuencias son: manipulación política y oportunista de las reivindicaciones de los demandantes por parte de los partidos políticos, fácil cooptación de los liderazgos por parte del gobierno – generalmente a cambio de unos cuantos beneficios para ellos si logran desmovilizar a los demandantes -, y victorias pírricas para los protestantes representadas en unos supuestos acuerdos con el gobierno de los cuales prácticamente nadie se ocupa después.

Si se revisa la letra de los miles de acuerdos firmados por los sucesivos gobiernos que han ocupado la presidencia desde 1990 y su correspondiente cumplimiento, se verá que efectivamente en la mayoría de los casos no pasan de ser una declaración de buenas intenciones de los funcionarios sin mayores poderes de decisión comisionados para negociar en ese momento.

Prácticamente ninguno apunta a una solución real del conflicto que pretendía resolver. Pero además, hasta ahora ninguna institución gubernamental, no gubernamental o de cooperación se ha tomado la molestia de evaluar si efectivamente se cumplió con los acuerdos, cómo y qué resultados se obtuvieron.

### **La recurrencia del conflicto**

Esa es una de las principales razones por las que año con año los conflictos remontan la curva de la crisis y la violencia y se desactivan cuando, en un gesto de benevolencia, el gobierno accede a firmar un nuevo acuerdo. Así, el ciclo se repite - y lo seguirá haciendo - mientras no se rompa la lógica impuesta hasta ahora.

No es de extrañar entonces que en los próximos años seamos testigos de nuevas y multitudinarias marchas de campesinos hambreados y empobrecidos, desmovilizados que protestan y reclaman, conflictos y violencia que se reproduce en una continuidad perversa.

### **¿Qué hacer, entonces?**

A problemas complejos, soluciones complejas. Evidentemente, resolver las causas de este conflicto depende del concurso de diferentes actores, pero especialmente de sus principales protagonistas: el gobierno y los demandantes.

El primer paso implica que el gobierno del presidente Bolaños reconozca el conflicto y la legitimidad de sus actores, que las instituciones del estado trabajen en función de soluciones duraderas y no coyunturales, diseñando políticas que apunten a atacar las causas más profundas que generan los conflictos, y modificando sustantivamente su visión y voluntad política acerca de los actores y sus problemas. En todo caso, no se debería esperar hasta el momento más crítico para comenzar a trabajar sobre el conflicto.

En segundo lugar, hace falta que los liderazgos políticos asuman su papel con absoluta responsabilidad frente a los miles de ciudadanos empobrecidos y estigmatizados, legislando y acompañándolos en sus demandas y protestas en función de encontrar soluciones duraderas a su situación.

Es necesario que los partidos políticos hagan a un lado el clientelismo político, la manipulación y el oportunismo para liderar con honestidad, transparencia y responsabilidad las demandas de cualquier grupo social. O bien, hacerse a un lado y dejar que los líderes naturales se hagan cargo de ella.

Mientras tanto, las organizaciones de la sociedad civil que han acompañado hasta ahora a estos grupos desprotegidos y vulnerables tienen también la responsabilidad social de alertar a otros actores – la cooperación internacional, por ejemplo -, vigilar a los liderazgos políticos, denunciar los intentos de manipulación política y contribuir a que se rompa la dinámica perversa de la negociación y los acuerdos paliativos.

Solamente así, rompiendo esta lógica, se podrá decir de Las Tunas que no fue un mal acuerdo y una peor solución.